

Preludio de un crimen.

“La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla.”
(Gabriel García Márquez).

Nota de la autora.

Este libro es una catarsis. Es el desahogo final de una historia personal, el cierre de un círculo, significa despegar definitivamente de un lugar al que jamás volveré. Algunas partes de esta novela son reales y otras son ficción. De ustedes como lectores depende creer cuál es cuál, y de mi capacidad como escritora para contarlas, de mi propia convicción.

Los nombres de los personajes han sido cambiados para no afectar a ninguna persona. Y la historia es atemporal, yendo y viniendo en el tiempo, como cuando nosotros mismos contamos una historia, que retrocedemos a otro momento para completar algún vacío y explicar así los sucesos.

No es una historia de amor, no es suspenso, no es policial. Es una historia de gente que puede estar en tu barrio, en tu ciudad. Es una historia que te puede pasar a vos, como me pasó a mí.

Amigo lector, espero que mi historia te guste, que llegues al final de libro y te deje un gusto a algo. Espero que te llegue al corazón y te permita sentir lo mismo que yo al escribirla. Los vacíos que queden, las explicaciones que faltan serán completados por tu mente, por tu imaginación, porque cada libro no se termina cuando el escritor escribe “fin”, termina cuando el lector lee esa palabra.

Muchas gracias por elegir esta novela. Muchas gracias por elegirme para acompañar ese momento que te tomás para distraerte. Muchas gracias por permitirme entrar un ratito en tu vida y contarte esta historia.

Cristina Vañecek

Prólogo

Como cada tarde desde hacía más de diez años, la enfermera lo llevaba hasta el enorme ventanal de la clínica en donde su familia lo había internado. Él esperaba que alguien lo viniera a visitar, que le hablaran de lo que ocurría fuera de las paredes del sanatorio. Nunca había creído que escuchar alguna voz le podría provocar tanta alegría. Mirar el brillo de sus ojos, saber qué había sucedido con el negocio, estar al tanto de las vidas de sus hijas, ver a sus nietos correteando por el enorme parque del sanatorio.

Cada tarde renovaba la ilusión de que alguien llegara y le devolviera la vida que había tenido. Su único deseo era volver a algún punto de su pasado para hacer todo diferente. Necesitaba creer que todo era una horrible pesadilla de la que despertaría en cualquier momento. Todos esos años de reclusión obligada eran peor que la cárcel, no había castigo más grande para él que estar condenado a una silla de ruedas, completamente inmóvil, casi incomunicado, dependiendo de otros hasta para realizar sus necesidades más básicas.

Estaba absolutamente consciente de todo lo que ocurría a su alrededor, sin embargo no podía hablar, quería gritar a todos que él había sido el único culpable de todo, que había sido ciego a tantas señales, que era el responsable de tantos crímenes. Sí, la justicia divina existía, y a él lo había juzgado por cada error que había cometido. Él había elegido la muerte, pero morir, ante todo el horror que había provocado, era hasta un premio. Había tardado muchos años en comprenderlo. Le había costado su posición, su salud, su familia y a la única mujer que había amado en su vida.

Como cada tarde, sabía que nadie cruzaría el portón principal de la clínica para verlo a él, para hacerlo sentir menos olvidado. Y el olvido, era la peor forma de morir que alguien podía tener.

+++++

Capítulo 1

Esa noche de enero parecía eterna. Los clientes del negocio de Fabio no terminaban de comprar e ingresaban uno tras otro, sin darles un descanso. Era verano y había que aprovechar la oportunidad de trabajar lo más que se podía. Se acercaba el fin de semana y, por lo visto, los turistas habían elegido esa ciudad como primer destino vacacional tras las fiestas de fin de año.

Luego de ese sorpresivo aluvión, los clientes fueron menguando y Fabio pudo comenzar los preparativos para cerrar el almacén. Afortunadamente contaba con la ayuda de Fernando, su hijo, que le ponía entusiasmo y mucha energía. Mientras cambiaba unos cajones de lugar, lo miró con una mezcla de ternura. Apenas estaba por cumplir 16 años, y unas semanas atrás había conocido el miedo que generaba la inseguridad.

Unos delincuentes quisieron robarle cuando regresaba de la escuela, al ingresar a su casa, y en el forcejeo le habían propinado un terrible golpe en la cara con la puerta del garaje, lo que le había ocasionado una fractura en la nariz. Todos los vecinos del barrio y los clientes del local le preguntaban por el gran vendaje que lucía en su rostro, teniendo que contar una y otra vez esa penosa situación.

Entre los dos finalizaron el cierre, fueron hasta una rotisería a comprar algo para cenar y partieron rumbo a su casa, en donde los esperaban Ana, la novia de Fabio, y Melina, la hija más pequeña de su anterior matrimonio. Reían y charlaban de todo, de esa cliente corpulenta con el vestido multicolor y de su marido delgado y espigado, cuyas únicas respuestas a las preguntas de su esposa eran “lo que vos quieras, ya sabes lo que me gusta, elegilo vos”.

Al llegar a la propiedad, Fernando se bajó del vehículo para abrir la puerta de la cochera y ahí vio como una moto enorme se detenía detrás de la camioneta de su padre. Todos los recuerdos del asalto sufrido hacía apenas quince días se le agolparon de repente, como un torbellino que lo inmovilizó. Vio cómo uno de los dos ocupantes descendía de la moto y caminaba hacia el lado de la camioneta en donde estaba su padre; había algo en la mano del chico, que no era mucho mayor que él, y observó cuando apuntaba a Fabio mientras sus labios murmuraban unas palabras que él no logró escuchar.

De repente Fernando sintió un sacudón en su cuerpo y corrió hacia la camioneta, subiéndose velozmente, mientras escuchaba un ruido sordo, se escondió en el buche que el vehículo tenía

y sonó otro ruido, temiendo profundamente adivinar qué era. Una voz lejana dijo una frase que le costó comprender. Escuchó unos pasos rápidos y el sonido del motor de la moto acelerando y alejándose. Fue ahí cuando levantó los ojos y vio la camisa de su padre manchada, sentado como lo había visto unos minutos antes y con la mirada ausente en un punto fijo.

+++++

Capítulo 2

Oswaldo había llegado a su casa tras una jornada de trabajo nada despreciable. Su local estaba ubicado en uno de los paseos comerciales más importantes de la ciudad y la proximidad del primer fin de semana posterior a las fiestas de fin de año, sumado al anuncio de un excelente clima para esos días, habían atraído un aluvión de visitantes que no tenían medida a la hora de gastar. Estaba satisfecho y proyectando sus compras para abastecerse, mientras recalentaba algo de la comida que le habían dejado en la heladera.

En su casa estaba una de sus hijas, encerrada en su cuarto, escuchando música y, a pesar de los auriculares, podía adivinarse que era rock pesado. Su esposa había acudido a una celebración del templo evangélico del cual era miembro y volvería cuando él ya se habría acostado. Eran casi las doce de la noche cuando comenzó a sonar su teléfono. Ana, la novia de su hermano Fabián, lo estaba llamando.

Pensó que habría tenido algún inconveniente con la camioneta y que le pediría que lo llevara al mercado al día siguiente, o que le preste la chequera para pagar sus compras, que luego le devolvería cuando el banco le acreditase las ventas realizadas con tarjetas de crédito, como en otras ocasiones. Estaba cansado y no tenía ganas de responder. Con su malhumor característico respondió y lo que escuchó del otro lado de la línea lo paralizó. En medio de gritos y llantos alcanzó a comprender algo.

“Mataron a Fabio”.

Así como estaba, vestido con un pantalón vaqueros, salió corriendo hasta su vehículo y fue lo más rápido que pudo hasta la casa de su hermano. No pensó, sólo estaba reaccionando, sin saber qué hacer. La imagen de su madre, de los hijos de Fabio, de su pequeña nieta que aún no tenía un año, se le agolpaban en la mente. Fabio muerto y miles de recuerdos juntos, nadando, en la playa, haciendo travesuras. Fabio había sido su amigo, además de su hermano, su contraparte alegre, chistosa, vivaz.

Al llegar al edificio en donde había ocurrido el crimen, una pequeña multitud se agolpaba reclamando a la policía. Osvaldo bajó de su camioneta y el griterío hacía más inexplicable la situación. Se había generado un pequeño tumulto entre los vecinos y los agentes, lo que hizo que tiraran gases lacrimógenos.

Se decía que había sido un ajuste de cuentas, debido al incidente protagonizado por Fernando anteriormente, que los habían marcado, que su muerte era una más de las tantas ocurridas en esos tiempos. Los vecinos en la calle estaban convulsionados y en el medio de todo eso, Osvaldo vio a Melina, la pequeña de nueve años, aferrada a la puerta del garaje, llorando desconsolada.

La tomó de la mano, la llevó hasta la camioneta en donde estaba el cuerpo de su padre, a quien le cerró los ojos que aún estaban fijos en la nada. Con la voz quebrada y en un tono muy bajo, le dijo:

“Tu papá ya no está, se fue al cielo, Dios se lo llevó.”

La niña se arrodilló en el cemento de la trotadora y se aferró al pie de su padre llorando de una forma más desgarradora. Osvaldo la tomó por los hombros, la levantó en brazos y la llevó hasta el interior de la cochera.

“Quedate acá, no te muevas, afuera la gente está muy enojada y te pueden lastimar”.

Luego fue a enfrentarse con la policía, a intentar calmar a los vecinos indignados que podían llegar a hacer destrozos en los patrulleros y ocuparse de todos los detalles sobre lo ocurrido. Era él quien debía hacerse cargo de todo, controlar que nada escapase a su mirada y se hiciesen las cosas como él pensaba.

+++++

Capítulo 3

Durante el funeral, Osvaldo mantuvo una actitud calmada. Había tomado las riendas de todo el caso, desde decidir en donde velar el cuerpo, el modelo del cajón, el cementerio a donde llevarían el cuerpo. Era Osvaldo quien había hablado con los medios, tratado con los fiscales, con los comisarios. Él mismo había dejado bien en claro que nadie más de la familia dijera nada, para no exponerse. Él, en nombre de su hermano, sería quien se pondría sobre sus hombros la pesada mochila de representar a sus sobrinos y a sus padres ante todos, para buscar justicia.

Mostraba su rostro dolido, la voz quebrada, cada tanto salía de la casa fúnebre a fumar un cigarro y calmarse un poco. Necesitaba algún momento de tranquilidad, ya que mostrarse fuerte ante los demás le representaba un esfuerzo sobrehumano. En esos momentos de soledad, recordaba aquella conversación con su tío Roberto, que se encontraba de viaje por Europa, en la que le reveló la verdad sobre su hermano.

““Sobrino, tu hija fue ultrajada, y vos sabés que en estos casos a las chicas nadie les cree, menos cuando Fabio tiene fama de santurrón, con toda esa perorata del templo, que se la pasa hablando de Dios, del bien... y esos son los peores. ¿Qué querés, tenerlo en tu casa y que se te burle? ¿Qué toda la familia diga que Juliana es una mentirosa, que está loca? El cambio del carácter puede dar lugar a que digan que toma o consume algo, que miente porque necesita ser el centro de atención, que busca dividir a la familia, que está enferma... ¿para qué exponer a la pobre criatura? ¿Lo vas a denunciar? ¿Y vas a exponer a tu hija a exámenes, visitas con psicólogos, psiquiatras, revivir todo esos momentos horribles? No, es mejor que esto quede ahí y que ella olvide todo!””

Fabio había ultrajado a su hija menor. La había manoseado casi en su propia nariz y él jamás se había dado cuenta de nada. Le había pedido favores, lo había llevado en su camioneta cada vez que le pedía, ya que Fabio había vendido la suya y estaba a la espera de que le entregaran la nueva. Cuando el banco no le acreditaba los pagos de las tarjetas, le pedía dinero prestado para cubrir sus deudas en el mercado y luego se lo había devuelto con creces.

Era el hermano con quien mejor se llevaba, con el que más cosas habían compartido. Le dolía en el alma haber tenido que ordenar su asesinato, pero no podía permitir que se burlara de él ante todos. Prefería verlo muerto. Dentro de la sala, sus hijas lloraban desconsoladamente al lado del cajón de Fabio.

No permitió que Juliana asistiera. La convenció de que se quedara junto con Melina, con el pretexto de que la pequeña ya había sufrido demasiado y no era conveniente que estuviera durante los funerales. Su venganza hacia el daño que Fabio le había provocado a su familia fue mostrarle a la niña el cuerpo sin vida de su padre, aún dentro de la camioneta, bajo el

pretexto de que ella debía saber que él había fallecido, que era mejor eso a pintarle una mentira piadosa.

+++++

Capítulo 4

El tío Roberto siempre le había hecho cosquillas. Era divertido y, además, resultaba asombroso ver cómo papá se transformaba en su presencia. Pasaba de ser alguien callado, serio, seco, casi antipático y se convertía en otra persona. Ante el tío Roberto papá era servicial, sonreía, se reía de los chistes más tontos que el tío hacía y escuchaba atentamente todo lo que dijera.

Papá sentía admiración por el tío, de hecho, no tenía esa misma relación con su propio padre, el abuelo Feliciano. Los tres habían trabajado juntos durante una época, como contratistas, realizando trabajos de albañilería y construcciones. Roberto había ahorrado dinero, había comprado unos lotes, construyó un edificio y logró instalar una planta procesadora de pescado. Era impresionante cómo había progresado, a pesar de todos los vaivenes económicos por los que atravesaba el país, convirtiéndose en un próspero hombre de negocios, vinculado con algunas ciudades italianas, con las que comerciaba y en donde uno de sus hijos se había instalado, ya que ellos eran ciudadanos europeos y todos tenían la doble ciudadanía.

El abuelo, sin embargo, siempre había gastado lo que ganaba en juego, en mujeres, en comida, en Dios vaya a saber qué. Feliciano era de la idea de que la vida había que disfrutarla ahora y no dejar nada para el más allá. Papá, tal vez por eso, admiraba y respetaba tanto a ese tío que supo aprovechar las oportunidades de la vida.

El tío Roberto siempre le hacía cosquillas. La corría por el parque, la invitaba a la piscina, le hablaba de Italia y de los viajes que había realizado. Era fascinante escucharlo. Desde pequeña, la sentaba en sus rodillas, le contaba historias y, siempre, la hacía reír con sus cosquillas.

Aquella tarde ella se había recostado en el cuarto de papá y mamá a dormir una siesta. Se había levantado muy temprano para ayudar a mamá a preparar la comilona que realizarían en homenaje al tío Roberto por su cumpleaños. Papá había dejado la verdulería a cargo de su empleado para dedicarse a cocinar un cordero al asador como homenaje, y que por un día permitiera perder el control del negocio era todo un acontecimiento que marcaba el afecto y estima que sentía por él.

Tras almorzar, se sintió amodorrada y se fue a descansar. Escuchó cuando el tío preguntó por ella. Tenía que irse y quería despedirse de su sobrina favorita. Ingresó al cuarto y, entre palabras cariñosas, comenzó a hacerle cosquillas. Ella rio a carcajadas, como hacía siempre, sin embargo, en la penumbra del cuarto, esta vez las cosquillas comenzaron a ser diferentes. Juliana había crecido. Las manos del tío se deslizaron por debajo de la remera que ella llevaba puesta y, jugando como siempre a las cosquillas, llegaron hasta sus pechos recién formados.

La pequeña tuvo la sensación de que algo no estaba bien, pero también pensó que, quizás, no fue intención del tío hacerla sentir incómoda con las cosquillas. Se trataba de un juego que tenían hacía mucho tiempo. Sin embargo, las manos del tío Roberto no se retiraron de sus senos y buscaron los pequeños pezones, hasta que se pusieron erectos. Juliana reía, pero también quería llorar. De repente el tío retiró sus manos, le dio un beso en la frente, la miró a los ojos con una sonrisa y se fue.

No sabía qué decir ni qué hacer. Tenía varias sensaciones encontradas. Ya no era una niña, y no era una mujer. No entendía muy bien qué había pasado. Y tenía miedo de decirle a papá o a mamá, que sentían adoración por ese tío tan generoso siempre, y que tanto había ayudado a papá en los momentos difíciles. Papá quería al tío Roberto casi como si fuera un padre. Mucho más que a Feliciano. Si ella contaba algo de lo ocurrido esa tarde en el cuarto, Osvaldo no le creería y diría que era una exagerada. Mejor no decirle nada a papá.

+++++

Capítulo 5

La escena se había repetido varias veces a lo largo del tiempo. Las cosquillas del tío habían comenzado a ser molestas y Juliana trataba de evitar encontrarse a solas con él. Se había vuelto una niña hosca, cerrada y muy malhumorada cuando Roberto era invitado a la casa, o ellos asistían a alguna invitación suya. Cada vez que se le acercaba, Juliana sentía que su cuerpo iba a estallar ante el menor contacto con el cuerpo de Roberto. Hasta el simple beso en la mejilla, cordial y afectuoso, le causaba un asco insoportable.

Una tarde la escena de aquella primera vez se repitió. Juliana se había recostado y el tío fue a buscarla a la habitación con la excusa de saludarla. Ella intentó rechazar las caricias, fingió dormir, pero el tío fue más allá.

Sintió en su mejilla una lengua húmeda, en su cuello un beso asqueroso, mientras las manos del tío buscaban no sólo sus pechos, presionándolos de una manera impúdica, sino que también escudriñaban su pubis. Un susurro le heló la sangre:

“Si le contás algo de esto a tus papis, no te van a creer, es más, te van a echar de tu casa, porque sos una putita, una sucia putita, y a nadie le gusta tener en su casa a una putita, ¿entendiste?”.

Desde ese día, Juliana evitó recostarse cada vez que venía alguien, cualquiera, a la casa. Por más que se cayera de cansancio. Miraba a su padre con rabia, con odio, con asco. Sobre todo porque papá era tan cordial con ese tío repugnante y asqueroso. Se sentía sucia.

Mamá no se daba cuenta de nada. Ella estaba en su mundo, más ahora que había comenzado a asistir a menudo al templo evangélico al que iba con su tía. Y no se atrevía a contarle nada porque, mamá también, cada vez que el tío Roberto los visitaba, se deshacía en halagos y atenciones. Sin el dinero del tío Roberto, ellos seguramente estarían en la calle.

+++++

Capítulo 6

Clide había nacido en una familia que profesaba la religión evangélica. Su abuela, su madre, sus tías, ella, sus hermanos, todos desde pequeños habían convivido con la biblia y, en la palabra de Dios, habían encontrado muchas veces consuelo y explicación a innumerables problemas.

Oswaldo era católico, conoció a Clide en una de las tantas búsquedas espirituales que Corina, su madre, había realizado. Ninguno de los dos era fanático religioso, y las pequeñas diferencias podían zanjarse cómodamente. Tras algún tiempo de noviazgo, se casaron. Clide había quedado embarazada y, ante la familia, había que disimular la situación.

La vida no había sido fácil. Formar una familia, trabajar, comenzar desde cero. Las dificultades fueron sacando a la luz la parte más oscura de la personalidad de Oswaldo. Poco a poco fue convirtiéndose en un hombre seco, serio, hosco, en algunos momentos hasta antipático.

El tío Roberto había sido de gran ayuda cuando estuvieron a punto de perder la casa. Habían comprado una propiedad y habían terminado de pagarla, sólo faltaba el trámite de escrituración y ya sería de ellos. Sin embargo, al querer realizarlo, se encontraron con que la propiedad estaba inhibida por un embargo realizado por una financiera con quien el propietario anterior tenía una deuda, y en donde había puesto esa propiedad como garantía. Una carta documento les informaba que tenían 30 días para pagar la deuda o serían desalojados del inmueble por la fuerza pública.

Habían tenido dos hijas, eran pequeñas y Clide estaba embarazada por tercera vez. No podían perder su hogar, con todo el esfuerzo que habían tenido que realizar para obtenerla. ¿A dónde irían con las chiquitas? Pronto nacería el nuevo bebé y Oswaldo debía mover cielo y tierra para conseguir ese dinero, sin embargo, nadie estaba dispuesto a prestarle semejante suma de dinero a un muchacho que recién comenzaba en un pequeño comercio, en el cuál aún no tenía un balance de cuánto podría facturar mensualmente.

Desesperado, acudió al querido tío Roberto. No había ido antes porque sentía que sería abusar de su confianza. Pero él era la única alternativa que tenía. Roberto lo escuchó silenciosamente, abrió un cajón, preguntó cuánto era lo que debía pagar y firmó el cheque.

“Me lo pagas cuando puedas”, fue la frase que le dijo mientras le entregaba el papel milagroso con el que Osvaldo podría pagar esa deuda que no era suya, pero con la cual podría conservar su hogar.

A medida que pasaba el tiempo, Osvaldo se volvió un tipo duro, cerrado. Los pequeños logros lo volvieron soberbio y arrogante hacia quienes tenían menos que él. Sólo admiraba a Roberto, su salvavidas en momentos difíciles.

Ante Clide y ante todos, Osvaldo quería demostrar que era un hombre capaz de sostener a su familia, de darle comodidades, de pagarles vacaciones, ropa, gustos. Quería que su familia tuviera todo lo que a él le faltó en su infancia y adolescencia, lo que Feliciano, su padre, según su visión, le había negado por capricho.

+++++

Capítulo 7

Clide comenzó a sentir la ausencia de sus hijas y su marido. Las chicas habían crecido, tenían sus actividades extraescolares, reuniones y salidas con sus amigas... y él... él se iba por la mañana muy temprano al mercado, luego al negocio, a veces al mediodía diferentes trámites le impedían regresar a casa, y cuando lo hacía, apenas intercambiaban alguna palabra. Comía algo y se acostaba a descansar un rato, para luego irse nuevamente hasta muy entrada la noche.

Se sentía sola y en una casa en donde aún faltaban cosas. Mabel, una de sus tías, le propuso una tarde acudir al templo al que era habitué. Ella accedió con una media sonrisa. No le costaba nada darle un gusto a esa tía que siempre tenía una palabra de alegría, de esperanza y de consuelo.

Al ingresar al viejo teatro que era utilizado para las prácticas religiosas, Clide sintió que en su interior se removían sentimientos dormidos. En el salón central, dispersos, distintos grupos de fieles charlaban animosamente. Una mujer se acercó a ellas y las abrazó cariñosamente.

“Bienvenida, hermana”.

La mujer la miró a los ojos, con un brillo especial, ¡hacía tanto tiempo que nadie la abrazaba así! ¡Hacía tanto tiempo que no sentía ese calorcillo que le recordaba sus tardes de infancia, escuchando a su abuela hablando de Dios!

Ingresaron a la amplia sala en donde se predicaban los oficios, muy pronto el recinto se fue llenando, la música era alegre, vivaz, hacía sentir que el cielo estaba ahí cerca, que la paz era posible. De repente se sintió protegida, acariciada, cuidada, mimada por muchísimas personas que no le pedían nada a cambio. Personas que la recibían con una sonrisa, que no le hablaban de problemas, de dinero, de deudas. Gente que sonreía, que reía, que cantaba, que bailaba eufórica las alabanzas al Señor.

Desde ese día, Clide tuvo una sola necesidad: ir a ese templo en donde la trataban con cariño, en donde dejaba de ser “la señora de...” para volver a ser ella misma. Le daban la bienvenida con una sonrisa abierta, con un abrazo cálido, con una palabra venturosa.

Al contrario de su marido, que la hacía sentir que no servía para nada, allí le dijeron que tenía habilidades de liderazgo y podría ser la guía de algún grupo, siempre y cuando concluyera sus estudios secundarios.

En el templo se le abrieron oportunidades que Clide había creído perdidas. ¡Podría hacer algo por sí misma! Se sentía rejuvenecida, con ganas de hacer cosas, de volver a sentirse útil, hacer y lograr algo, de tener una meta!

Pero sus ganas chocaron con la negativa de Osvaldo a que ella hiciera algo fuera de su casa, de su mundo. La dureza de su marido la dejó atónita.

“¿Estudiar? ¿Para qué? Vos tenés tu propio negocio! ¿Ellos se piensan que hace falta estudiar para lograr algo? Son unos delincuentes, que viven de la plata de los demás, que se levanten a las cuatro de la mañana, como hago yo, todos los días, que se rompan la espalda de cargar y descargar cajones, que se ensucien con la tierra y se astillen las manos con la madera de los cajones! ¡¡Ja!! La señora ahora quiere ES-TU-DIAR. A la edad de ser abuela quiere estudiar! En vez de ir a perder el tiempo a ese tugurio, deberías ir al negocio a ayudarme, ya que te sobra tanto el tiempo!”

Clide quedó en silencio ante su marido. Ella había trabajado muy duro a su lado para que no tuviera que gastar en changarines. Muchas veces se había levantado con él de madrugada, lo había acompañado al mercado y lo había ayudado a cargar cajones a la camioneta para hacer más rápido. En pocas oportunidades había visto que las mujeres de otros verduleros hicieran lo mismo. Como mucho, ellas los acompañaban en las recorridas por los puestos, elegían alguna que otra mercadería, participaban de las decisiones de compras y luego se quedaban sentadas, esperando adentro del vehículo a que los chicos que iban hasta el estacionamiento del mercado a ofrecerse para ayudar a los compradores a cargar sus bultos en los vehículos, hicieran su trabajo.

Clide jamás había podido opinar sobre las compras, la calidad de la mercadería o algún aspecto del negocio. Cuando iba a reemplazarlo al negocio era porque debía realizar algún trámite y tampoco tenía injerencia sobre alguna compra o decisión. Sólo cuidar que el empleado cumpliera sus funciones, estar a cargo de la caja y, una vez que él regresaba, ayudarlo con las entregas a domicilio de algunos clientes especiales. Atender a sus hijas le llevaba mucho tiempo, llevarlas y traerlas a las distintas actividades que tenían, preparar las distintas comidas, arreglar la casa, eran todas tareas que para su marido no tenían valor.

Lo que en realidad le molestaba a Osvaldo era que Clide pudiera ser algo más que él, supiera más y lograra salir de ese círculo en el cuál él se sentía un dios, al que nadie podía contradecir. La inseguridad ante el despertar de Clide a una nueva vida, fue lo que lo hizo tambalear.

Clide se sentía dividida entre sus creencias y su marido, que de repente veía como un inconveniente que ella practicara la fe en la que había nacido. Por un lado, ella sentía la plenitud de creer en sí misma...por otro lado, veía que su matrimonio podía tambalear y no sabía qué hacer.

Eligió seguir su camino, sorteando todos los escollos que le pusieran por delante y tratando de sostener esa familia resquebrajada que aún no había llegado a su peor crisis. Iba a estudiar, a superarse, a hacer algo para su crecimiento personal. Quería ser un ejemplo para sus hijas, que estuvieran orgullosas de ella y no que la vieran como la sombra que hasta ahora había sido.

+++++

Capítulo 8

Fabio recibió una llamada en su teléfono. Una voz desconocida le advirtió que se dejara de joder, que iba a arrepentirse. Cortó, volvió a su sonrisa eterna, y olvidó el mensaje. Desde que colaboraba con el comedor que pertenecía a la congregación evangélica en la que profesaba, había recibido varios llamados de esos. No les daba importancia.

Eran los “dealers” que perdían clientes... porque él recuperaba a los chicos para la fe y principalmente para sí mismos. Le gustaba sentarse a charlar con esos pibes, capullos en formación, de eso que él tardó tanto en encontrar. Quería que pudieran hallar el camino antes, sin tantas piedras, sin tantos golpes. Si uno simplificaba la vida, la vida era simple con uno.

Acomodó unos cajones en su negocio. Atendió a sus clientes con la misma sonrisa abierta y con los chistes habituales. No pensaba en la paliza que le habían dado a su hijo un par de semanas antes, en un intento de robo. Dios tenía otros planes para él y no era que fuera un cobarde.

En la granja había un pibe. Uno en especial. Tenía la mirada dura, pero era tan chiquito! Le había llamado mucho la atención que se aproximaba al grupo en el campito, se quedaba escuchando y no hablaba. Hacía algún tiempo que no lo veía. Decían que se había mandado una macana y como ya tenía 16 años, lo habían derivado al Centro de Contención de Menores. Había sentido pena, y pensó en qué bueno hubiera sido si hubiese tenido más tiempo para acercarse a él y hablarle de Dios.

+++++

Capítulo 9

Kevin había recibido la llamada. Esa noche debería demostrar que merecía pertenecer a la banda. Era jugarse a cara o cruz. Debía hacerlo para que su padre, un hombre que no le había dado su apellido, sintiera orgullo de su hijo. Necesitaba que en algo lo reconociera, quería demostrarle que podía sentirse orgulloso de él, que había seguido sus pasos. Se miró al espejo. Debía permanecer escondido, “guardado” como se decía en la jerga, hasta que lo pasaran a buscar.

Esta vez no podía fallar. No podía darse el lujo de equivocarse. Ya había errado la vez anterior, y lo habían encontrado. Le tembló el pulso, y el tiro fue para otro lado. La policía lo detuvo y lo encerraron en ese lugar. Pero era fácil escaparse de ahí. Una noche se armó un motín y quemaron los colchones, rompieron ventanas, mientras llegaban los fiscales y jueces para intervenir, hicieron todos los destrozos posibles. La justicia era blanda con ellos, porque eran “nenes”. Podían hacer lo que quisieran. Se fugaron fácilmente.

Un bocinazo le avisó que había llegado la hora. Una moto de gran cilindrada lo estaba esperando afuera. El conductor le dio un revolver. Él se lo puso en la cintura, subió al vehículo y fueron a buscar a la víctima que le diera a Kevin su sitio dentro de la banda. Iba a ganarse el respeto de los otros y, principalmente, el reconocimiento de ese padre tan lejano y tan buscado.

El recorrido atravesando la ciudad se le hizo interminable. Estaba nervioso, tenso, con la cabeza ocupada en un solo pensamiento. No veía los otros vehículos, no razonaba en qué lugar estaba. Sólo sabía que su chofer ocasional lo llevaría a su destino.

Doblaron en una avenida. Fueron detrás de una camioneta, iban varios metros detrás para que los ocupantes no se percataran de que eran seguidos. La camioneta dobló en una calle más chica y quedó frente a un portón, en una casa de la esquina. Bajó un chico, de su misma edad, a abrir el garaje. La moto se detuvo justo detrás del coche. Kevin bajó. Sabía exactamente qué tenía que hacer.

Se dirigió hacia el vehículo, llevaba la mano baja, para que no vieran el arma. Se acercó a la ventanilla. Ante todo, Kevin tenía que matar a ese hombre, no podía volver a equivocarse.

“No te muevas.”

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

